Colección literaria 3

Cumbres arriba...

I

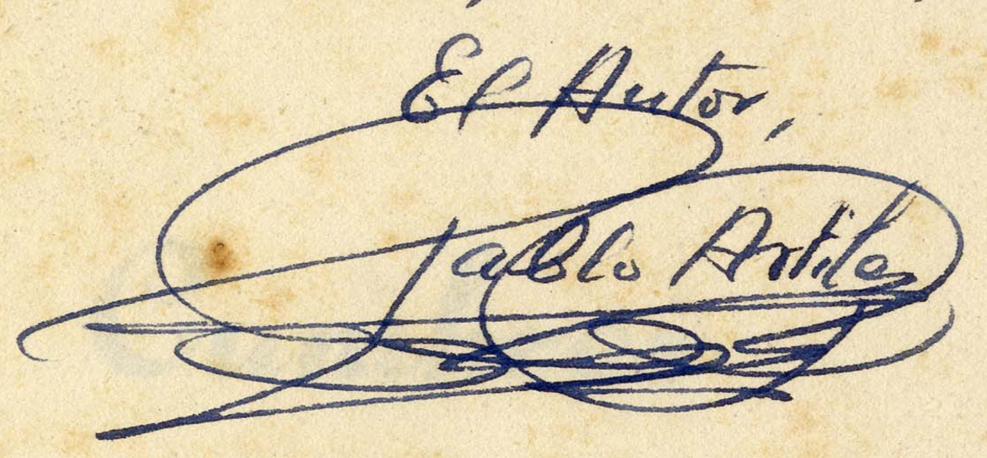
por

Pablo Artiles

Palmas de Gran Canaria

Al gran amigo de las letras Canarias, D. Presentación Suárez, atentamente,

El Autor,



CUMBRES ARRIBA



Con las debidas licencias



PABLO ARTILES

Cumbres arriba

I



TIPOGRAFIA LA LUZ
GRAN CANARIA
1951

A mis padres, hermanos
e hijos del Juncalillo.

Al lector...

Aquí, tienes lector, unos capítulos de un libro sencillo. Sin erudición ni academicismo.

Son pétalos de flor silvestre, dedicados a un pago humilde, modesto, de la isla de Gran Canaria.

Han sido deshojados para los habitantes del mismo, sin pretensiones—por míos y por su asunto—, y salen a volar y a correr fortuna. No "por esos mundos de Dios", como se dice; sino por los caminos de pitas y cumbres altas, y por los emparrados del "paguecillo místico" al que hago referencia, donde casi únicamente será leído este libro.

No lo lean, pues, los eruditos ni los sabios. No sabrían acomodarse a la modestia del asunto y del libro. Quede para los sencillos y "hombres de buena voluntad".

Si te gustare, me gustaría. Y si así no fuere, échale la culpa al autor, no al pago descrito: rincón tranquilo, sosegado y luminoso, que se conserva, como oasis de paz, en las altas cumbres de Gran Canaria.

Pero no lo lean los que sólo buscan motivos novelescos, asuntos pasionales o noticias mercantiles.

Nada de eso aquí se encuentra. En cambio, te doy la placidez y quietud de la vida campestre. Eso, y nada más. No puedes estar mejor advertido.

Y si a algunos agradare, podrían aún seguirse deshojando los pétalos de esta flor del campo...



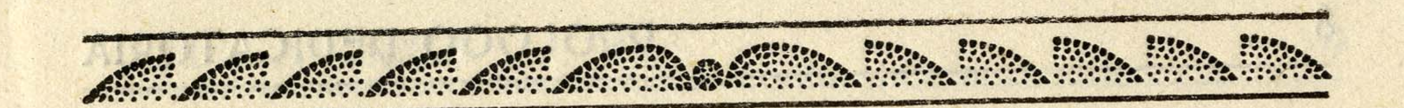
«... ¡cuántos pensamientos no acudirían a la mente de la que, siendo niña, vió su suerte predicha por los pétalos de una florecilla campestre...»

(Pág. 17)



«... el fondo imaginario, pero real, de esta visión sorprendente, es el Teide. Suele aparecerse en dibujo, delineado nada más...»

(Pág. 29)



PROLOGO - DEDICATORIA

—¡Juú.. ú...um...!
—¡Maa...lí..,que...!

. . . .

Hace ya 87 años, en 1864, nacía en esa vivienda la anciana que vemos sentada a su puerta.

Doce más tarde, llegaba a ella un jovencito colorado, «apuesto y guapo», y rebozando salud. Desmontóse de una pequeña burra, mientras la niña atajaba el perrazo que rezongaba.

Entre la niña y el recién llegado se entabló este diálogo:

—¡Niña! ¿Vive aquí el Sr. Alcalde 'e barrio?

—¿El Sr. Alcalde? ¡Aquí vive mi padre!

—Y tu padre, ¿no es el alcalde 'e barrio?

—¿El alcalde 'e barrio? ¡Mi padre es Bartolomé Valerio!

—¡Eso es! ¡El Señó Valerio...!—replicó un hom-

bre alto y bigotudo, ya en años, que había llegado con el joven, y que se desmontó también de otro hermoso asno.

—¡Ah! ¿Vds. quieren hablar con mi padre?

—Apareció entonces en el umbral de la cueva —pues eso era la vivienda aunque adornada y vistosa, como todas las de aquí—otra niña mayorcita. Exclamó:

—¡Juscia la' gallín...! ¿Qué pasa, Catalina?

—¡Preguntan por padre...!

—Sí, eso es—repuso el joven con una pequeña cortesía—; queremos verle, es decir, hablarle... Eso es, hablar con el Sr. Alcalde... Este es mi Sr. padre; yo soy el maestro...; el maestro nombrado para Juncalillo...

Las niñas abrieron grandemente los ojos. El "señor Padre" inclinó la cabeza con una sonrisa beatífica.

—¡El Sr. Maestro!—esclamó la mayor, con cierto rubor y complacencia

—Aunque es joven, es "maestro titulao"—repuso el padre, con no poca satisfacción.

***

Apareció entonces el propio Sr. Valerio: «era colorado, encarnadito en los carrillos—díceme Antonio Felipe, 78 años más tarde—; más bien alto que

bajo, y bien formado, y muy respetoso...»

El maestro y su padre traspasaron el murallón que rodeaba la vivienda para llegar a su encuentro.

—¿Es Vd. el Sr. Valerio, el alcalde 'e barrio?

—Pal servicio de ustéis .. ¿Si os ocurre algo? Pero pasen, y me dirán. ¿Qué razón us trae...?

—Pos, pos... ¿cómo no?—habló el hombre maduro—; risulta que este joven es mi hijo, y es maestro titulá...; y adimpués, ha pedido una iscuela pa' ijersé...; y ansina, Vd. véi, lo han mandao a Juncalillo a insiñá...

—¡Bien, hombre, bien! ¡Así si jase!—gritó el señor Valerio con voz dura y fuerte, y mirando fijamente al joven maestro—Pero ¡recontra! ¡Si tú sos un muñeco! ¡Qué maestru!

Y empujólos suavemente hacia el interior de la cueva, mientras decía:

—¡Qué maestru ricontra, qué maestru!... ¡Cómo istá il mundo! ¡Un chiquejo pá inseñá, pá' «esasná» genti...!

El "Sr. padre" volvió la cabeza...

El Sr. Valerio suavizó:

—¡Y a la mejó la jasi bien, mecachis!

Aquél asintió con un cabeceo «sui generis».

. . . .

La niña mayor se hallaba en la faena del telar, junto con otras amigas.

Con la curiosidad propia en ellas, la llegada del que decía ser maestro del barrio causóles la natural alarma y alborozo.

Salieron al patio exterior, y curiosearon a aquel joven imberbe...

Cuando éste hubo traspasado ese umbral que vemos en la foto, volvieron a su labor.

Pero una tuvo un pensamiento:

—¿Vamos a echar suerte a ver a cual de nosotras nos toca...?

Y cojieron unas espigas; partiéronla en trozos más o menos grandes, según sus edades..., excluyendo a Catalinita. Esta advirtió lo que iban a hacer:

—¡Eh! ¡eh! ¡A mí también! ¡Yo quiero entrar en suerte!

—¡Cállate, niña! ¡Eres muy pequeña!

—¡No, no! ¡Yo también!

—¡Pues venga! ¡Cómo no te va a tocar!

. . . .

Y con curiosidad y cierta emoción, ella misma fué la designada para escojer el pajullo de la suerte.

Todas miraban ansiosas.

Catalinita, la niña, fué la favorecida...

—¡Buena la hemos hecho!

—¡Buena, buena, buena! — exclamó la niña riendo.

—¡Eso no vale, tramposa!—dijo sentida su hermana. Y agregó:

—Vamos a echar suerte otra vez...

—¡Bueno! ¡Yo traigo una flor!—asintió Catalinita, conforme en que aquella suerte no era para ella.

Y fué a buscarla. Había fuera "matos, bien atendidos, que hacían la vivienda agradable. Antonio Felipe, ya anciano, hablándome de ella me decía, en Agosto de 1950:

«La cueva era toda blanca, hasta el muro intermedio entre las viviendas. Y sobre él tenía Catalinita claveles y flores. Subía por unos escalones que había en el risco mismo... Y arriba había una fuente... ¡Qué bonita estaba esta cueva!»

Antonio Felipe es un labrador incansable. Lo encontré allí en sus faenas, como si no hubiesen pasado 50 años de que él conoció aquello.

Buscó la niña su flor. Subió a cogerla en su jardincito. Y traía una margarita linda.

—¡Aquí está!

La flor brillaba con sus blancas hojas y su amarillo botón. En las manos de la niña jucalillense se inclinaba sobre el tierno tallo, temblorosa.

Todas ríen, todas esperan...

Comienzan a caer pétalos blancos de la florecilla. Cada uno un nombre. Estremecíase la flor a cada tirón, como el íntimo ser de aquella juventud expectante. La "medium" decía:

—"Carmen, Pino, María, Francisca, Cecilia, Catalina...; Carmen, Pino, María, Francisca, Catalina"...

Esta letanía se repitió varias veces. Alrededor de la sorteadora las cabezas juveniles forman racimo.

El último pétalo, el de la suerte, tuvo este nombre, repetido con marcado retintín por la cantante:

—¡Ca...ta...li...ni...ta...!

Ante aquella dúplice fortuna rieron todas. Empujaron algunas a la niña afortunada, y decían:

—Pero, ¿cómo va a ser ese maestro para tí?

La niña se encogió de hombros, ruborizada...

. . . .

¡Ya se van! ¡Ya se van!

. . . .

Y suben a sus asnos, tan orondos...

—¡Arre burro! ¡Adiós, Sr. Valerio...!

—¡El vos guarde!

El "maestro titulá" no acierta a entrar el pié en el estribo. La niña corre, sujeta el hierro, y dice con gracia infantil:

—¿Sabe Vd.? ¡A mí me tocó la suerte...!

—¿....?

No entiende el "titulado" joven. Dice:

—¡Suerte la mía! ¡Gracias!

—¡Arre burro...!

El perrazo enorme rezongó—Júu...ú...um...— y se lanzó a las patas del asno. Este casi tira al "señor padre". Catalinita le gritó:

—¡Máa...li...que...!

. . . .

* * *

Pasaron seis años...

En esa misma vivienda se celebra una gran fiesta. Todo es ajetreo y alegría. El párroco de Artenara, D. Pedro Bertrana, ha llegado para celebrar allí el matrimonio del maestro de Juncalillo... con la hija del Sr. Valerio, la pequeña Catalina, ya de 18 años...

¡La suerte se ha cumplido!

Fué un Lunes de Carnaval—cuenta ella—, y en esta misma cueva.

¡Con qué pormenores me fué refiriendo aquellos recuerdos, tan vivos en su memoria, como si no hubieran pasado años!:

—"El señor Cura trajo a su sirvienta, Señá María, para hacer la comida... ¡Hacía muy bien de comer esa vieja! ¡El cura le echó luego porque comenzó a beber! Se hizo un compuesto de gallina y cordero... y "bollos de cuajá." ¡Es la cosa mejor que hay!: queso tierno, huevos y azúcar. El queso sacado de la

«pinta»; es decir, acabado de sacar de la quesera, mezclado con harina, huevos, azúcar, etc... Estaba aquí mi cuñada Pino, que cantaba y bailaba muy bien... Fué una gran fiesta. Se bailó aquí mismo... ¡Pero eran esos bailes sueltos...!

* * *

Habían pasado otros 24 años...

Ante esa cueva, en una gran piedra viva, está sentado el Sr. Valerio.

Junto a él, el maestro.

Unos niños juegan a su alrededor.

El anciano, un patriarca, habla y dice:

—¡Panchu! ¿No es pena que te marches ahora que has ayuda'o a levantá esa iglesia, que tanto íamos querí'o? ¿Qué garambaina de capricho ti ha intra'o que quiés dirte?

El maestro alza la cabeza, triste, mira hacia enfrente y a los niños y exclama:

¡Es verdad! Cuando llegué aquí, hace ya treinta años, no pensé que podía ser útil para ayudar a construir esa ermita a esta buena gente...

—¡Mira, Panchu! ¡Ti has pasa'o tanto tiempo diendo a misa a Artenara a mas dun hora, y cuando vamos a poderla oí cerquita te vas!

—Pues, y este "familio", Sr. Valerio, ¿cómo lo educo?

—¿El "familio"? Pos... ¡caray! ¡Mandándolo a istudiá! Como si ha educao Matías, y el hijo de Ciriaco, el de Rocolpino, que ya va pa cura.

¡Y yo que dije cuando allegasti que eras un chiqueju! ¡Ahora quiero que no te vayas, mecachis! ¡Sabe Dios si no vendrán mas maestrus a estas lejeturas!

—¡Si vendrán...!

—¡No discuto, hombri! Ya sos mayor didad; y pa'tí estu es como istá "entalisca'o" en los riscos... ¡Pero a mí no mi saca naidie de estas cumbris! ¡Estos aires, estas aguas y estas lusis son vía y sanía...!

¡Panchu! ¡Qué felisiá tené esa iglesia ahí enfrenti, tan cerquita!

. . . .

El sol moría en el pinar... Oíanse esquilas... Ladraba algún perro... El maestro recordó cuando, hacía treinta años, llegó a esta misma morada, preguntando por el Sr. Valerio... a Catalinita.

—¡Qué pena!—se dijo—; ¡de verdad me he encariñado con estos hombres y estas tierras...! Pero, ¡no hay remedio! ¡Dios dirá...!

***

Poco después, el maestro Artiles y su esposa Catalina, con sus diez hijos, dejaban Juncalillo para ir a Guía.

Para entonces—dicen los ancianos—todos los

del barrio, de cuarenta para abajo, sabían leer... Y entre otros, su mujer y sus hijos, los que luego asoció el "maestro" a su labor de enseñanza.

¡Con qué respeto y sentimiento—y gran regalo mío—me recuerdan los viejos de Juncalillo la época del llorado "maestro Artiles"! Cuando subo a estas alturas, sus buenos y reconocidos habitantes me repiten siempre expresiones laudatorias y frases de gratitud a su no olvidado "maestro".

Nunca un recuerdo ha perdurado tan vivo en los corazones juncalillenses

¿No contribuiría mucho a esta beneficiosa y prolongada estancia del maestro aquel primer encuentro con la niña Catalina?

Esta enviudó a los 42 años, con once hijos. Quedó entonces sin otros recursos que ocho duros, "viudedad" que todavía recibe...

Sus hijas fueron las sucesoras del sostén paterno.

* * *

Al escribir ahora sobre este isleñísimo pago de Juncalillo, he querido—por cumplir con el precepto de "honrarás a tu padre y a tu madre"—dedicar este modesto trabajo a los míos, el "maestro Artiles" y Catalina Rodríguez, la hija del Sr. Valerio que ahí véis retratada ante la cueva de tan gratos como leja-

nos recuerdos; y que un día recibió la embajada de cultura que con el Sr. Maestro llegó a estas cumbres ..

Bueno es que les pague yo, con este recuerdo histórico, las atenciones que se me hacen, en mérito a los por él adquiridos ante estos juncalillenses. Así como también que ejercite mi pluma en hablar de este pago agradecido, humilde y sencillo, verdadero rincón campestre y risueño de Gran Canaria.

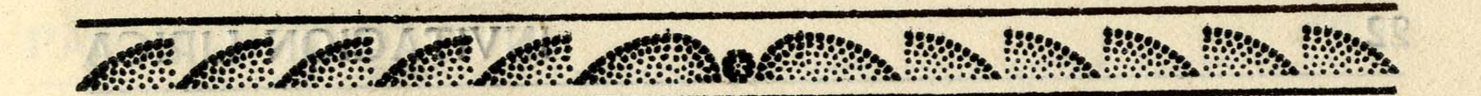
No extrañe, pues, el lector, esta dedicatoria. El que fué buen párroco de Gáldar, D. Domingo Hernández, que lo conoció de maestro en Guía, díjome una vez: "Dios les protege a Vds. por los méritos de vuestro padre"...

Razón de más para recordarlo y bendecirlo

* * *

Sentada en esos pedruzcos—que un día llevaron flores—, y ante la cueva ahora desierta, ¡cuántos pensamientos no acudirían a la mente de la que, siendo niña, vió su suerte predicha por los pétalos de una florecilla campestre!

Invitación Lírica



JUNCALILLO!

¡Bello nombre sonoro!

¡Allá en las cumbres canarias, oasis de paz! ¡Pago que vigila los pinares y los altos riscos!

Pastoril y campestre, hay en sus huertos olor de tomillo y de sándara.

Y pitas azules que orillan sus caminos con amable vigilancia.

Y en sus riscos, tuneras; que lucen sus frutos sobre los redondeados lomos de sus pencas. ¡Grato alimento del Agosto cálido!

Y eras; y perspectivas hermosas y horizontes amplios...

Y una paz virgiliana. Paz de silencio y sencillez. Paz de espíritus amigos de la tierra y de la calma.

¡Qué gratamente placentera es la paz callada de estas cumbres, serenas, luminosas, cercanas a Dios y a las estrellas!

Y en medio de la paz, esquilas, ovejas, ganados, pastores...

¡Todo ese mundo poético que soñamos en nuestras ideadas fantasías!

Y el sonido de las flautas, suave y melodioso, eco de armonías no precisadas, y fruto de un ambiente de misterio y de quietud.

¡Oh bello tañer de las flautas juncalillenses en los riscos de la Meseta y en los lomos del Majadal!

¡Recordáis épocas pastoriles, pretéritas y olvidadas, por tu rústico arte revividas, y que llegan al más hondo rincón del alma!

¡Formáis un Belén vivo y soñado, con pastores, ovejas, labriegos, cuevas y casitas en miniatura!

¡Juncalillo!

¡Un juncal! De junco..., planta acuática de los barrancos.

Aguas y barrancos son motivos propios de este lugar poético de las cumbres. Y como el junco sube a los cielos en los cohetes voladores de las fiestas; así el Juncalillo está en las alturas cumbreras de la Isla, como estallido de luz y de poesía en los altos roques de Gran Canaria...

Sobre las nubes, con fuego de sol, grato y confortante; y con frío saludable, es un mundo diverso, un desconocido país dentro de la perdida isla de Gran Canaria.

¡Cuán poco conocen los canarios estos lugares!

¡Y cuán bellos, luminosos y sosegados son!

¡Hacia arriba, hacia las cumbres! ¡Subid hijos de la isla afortunada!

¡Gozad este paisaje indescriptible, este sosiego

perenne, esta luz fuerte, este aire fino, purísimo, símbolo de hondos sentires y de perspectivas magníficas y lejanas...!

¡Te invito a subir! ¡A volar hacia estas cumbres!

¡A sentir la naturaleza en plena soledad pacífica!

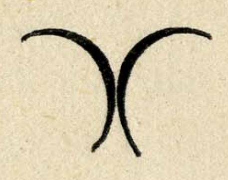
¡A ver a Dios de cerca, mirando a las estrellas desde estos roques elevados!

¡A percibir la caricia de los aires puros, a oir el gorjeo finísimo de las canarias avecillas, a mirar el majestuoso vuelo de los cernícalos y los milanos!

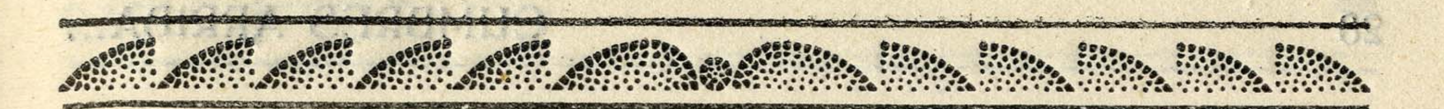
Y a sentarte bajo una peña sombreada, mientras un ambiente sano te remoza con nueva vida y salud.

A gozar, en fin, de aquellas cuatro cosas que dice la copla:

"*Sombra de riscos,*
agua de arena,
leche de cabra,
miel de colmena,
son cuatro cosas
a cual más buena..."



Cumbres arriba...



ALLÁ, en las altas cumbres de Gran Canaria, hay un pagüecillo humilde.

Para ir a él se sale de Las Palmas en dirección a Artenara por la carretera del Norte, se sigue por Teror, Valleseco, Cueva-Corcho, Crespo, La Retamilla..., y se llega a "Los Pinos", los famosos "Pinos de Gáldar", restos de una robusta flora canaria...

Desde allí vemos el barrio escondido y pintoresco de nuestro relato.

Pero no podemos bajar hasta él sin antes contemplar, desde lo más alto, el bello y extendido paisaje que nos ofrece la naturaleza isleña contemplada desde este magnífico mirador.

Primeramente, "Los Pinos", así, con mayúscula, pues son unos reverendos ejemplares, altísimos y fortísimos, que quedan como resto de lo que debió ser un día toda esta zona cumbrera.

Son unos 18, y están sembrados en la vertiente rápida de la montaña que a nuestra espalda se eleva, reventando "picón" por la sangría de la carretera abierta en su mitad, y las catas para buscar-

lo. Los pinos se han echado a voltear por la falda de aquel montañón apiconado, y detenido en diferentes puntos, jadeantes y sudorosos, respirando fuerte el aliento vital y de resina con que embalsaman el ambiente.

Aquellos árboles que

«cual bravos gigantes se levantan
cubiertos de verdor, enhiestos pinos,
donde las aves sus amores cantan,
dando sombra y frescor a los caminos», (1)

son la expresión vegetal de esta fuerte naturaleza canaria, robustos y grandiosos como ella. Cada gajo parece otro árbol enganchado en el alto tronco; sin que el viento haga mover la serena majestad de estos bellos árboles viejísimos.

Forman ellos el primer plano del paisaje que desde aquí vislumbramos, y en medio del cual está la "aldea perdida," motivo de nuestro escrito: Juncalillo.

Vecina a ellos, y asomándose éstos a ella, está la llamada "Caldera de los Pinos": un hoyo negro, volcánico, resbaladizo y pendiente, de hosco picón, que se abre en medio de la montaña, y a cuyo borde cruza atrevida la blanca carretera.

Es el foso del castillo en que creemos hallarnos,

(1) Fernando González: "Las canciones del alba"—Pag. 42.

como en un alcázar elevado. ¡Hermoso cuadro!

Todo es en un punto, como ocurre otras muchas veces en los ángulos estratégicos de nuestras paisajes. Al doblar nada más de un recodo de carretera se nos ofrece uno bellísimo, con líneas extraordinarias, dilatadas y profundas, que nos sorprenden agradablemente.

El fondo imaginario, pero real, de esta visión sorprendente, es el Teide. Suele aparecerse en dibujo, delineado nada más, con tonos azules, y entre nubes. Parece un trono llevado en procesión por manos de ángeles, y flotando sobre los espacios. Las nubes son el humo del incienso.

Aquel cono tan bien dibujado, estilizado, con coloraciones varias, según el color que predomina en las puestas solares, nos transporta a un país imaginario, a un soñar despierto con países de hadas y de ensueños. En ninguna parte de los que he visitado—Italia, Francia, Bélgica, Suiza, España—he encontrado un paisaje tan subido en matices agradables y sorprendentes.

Ni aun la vista del Valle de la Orotava me ha impresionado tanto como ésta. Aquí hay un paisaje más vario y múltiple; y el mismo Teide, que allá vemos próximo y tocado con las manos, aquí se ha "espiritualizado", y es una verdadera visión aparecida en un lejano horizonte, muy alto; lo que da al

cuadro un rasgo de profundidad superior al que presenta desde el Valle referido.

El Pinar de Tamadaba es otro telón más próximo de este escenario. Corta la carrera de un barranco hondísimo—el llamado Barranco-hondo—atravesándose en el camino de aquél como un murallón que aguanta el caer de los barrancos y los valles, y a cuyo paso se opone, resuelto y duro. Sobre su lomo pululan los pinos, que se perfilan en la cresta en procesión de gigantes juguetones, y dorados por el sol en los atardeceres fantásticos, a cuya hora se incendian, como cirios eternos y atlánticos.

Y luego, unas lomas de tierras moldeadas y aparentemente suaves, de coloraciones rojas, negras, verdes y grises, tiradas hacia abajo por el hondo barranco, en cuyas negruras interiores—que de cerca son verdor, agua y lozanía—parece perderse el mundo visible y bello de estos contornos.

Y en mitad de esas lomas, la arista roja de un tejado sobre la blancura de unas paredes: es la ermita. La contemplamos desde aquí, junto a un diminuto caserío ideal, como en pintura. El pago ensoñado nos hace recordar un verso:

«Hay un dulce silencio y una paz virgiliana
en la aldea, dormida en la tarde invernal...» (1)

Pero la vista no se limita a la de esta escena.

---

(1) Fernando González: "Canciones del alba",—Pag. 20

Abarca a derecha e izquierda un amplio horizonte, visto desde el castillo roquero de "Los Pinos", con a los pies el foso medieval de "La Caldera". A derecha, aspectos más suaves y llanos, en apariencia; a izquierda, otros más adustos y cortantes. Y llamo llanos a los de la derecha, únicamente en comparación con sus vecinos izquierdistas; pues bajo esas apariencias casi suaves hay hondos barrancos y cañadas que asombran. Pero son todas aprendices ante las que vemos y presumimos en el lado opuesto: cerros almenados, picos agudos, tajos profundísimos, líneas altas, secas.

El cabezón de "Bellavista", testuz del pinar, erguido y dominador, donde los pinos viven en salvaje quietud; "Roque García" de Artenara, con corona de hierro; los promontorios lejanos del pinar de Pajonales —Sándara, Montaña de la Negra, el Morro—, riscos y barrancos, en varia, confusa, y a la vez armónica combinación, son notas destacadas del paisaje.

Hacia la derecha, son otros rasgos más atrayentes. La tierra desciende hasta el mar, sin toparse con un Tamadaba adusto ni un Teide subido y soberbio. Telón último, la línea añilada del Océano, cristal en que se engarza la perla de la Isla, con sus caseríos —color de espuma—diseminados por los valles y las lomas.

El más alejado, el del Puerto, resplandeciendo

de blancura y de luz—como su nombre—, y donde unos trazos negros caminan sobre la superficie azul de las aguas: trozos desprendidos de aquel largo muelle que se embebe en ellas. Por acá, la hermosa bahía del Arrecife, la barriada de Escaleritas; y, en días claros, lo alto de las dos torres de la catedral, y el Castillo del Rey, etc.

Más cerca, Tamaraceite, luego Cardones y Arucas, con su preciosa iglesia y graciosa montaña. Más próxima, la de Ossorio, ideal silla de caballo, con al pié, el bosque, el pueblo de Firgas, y el convento de Ara Celi. Se distinguen las enormes curvas sinuosas de los barrancos de la Virgen y de Moya, a cuyos bordes están las poblaciones, pintorescamente, con sus casitas alegres, como ovejas blancas triscando al borde de los precipicios. Estos no se ven casi. Sólo apreciamos inicios de vertientes; pero las profundas caídas se nos ocultan; engaño visual que nos hace creer—cosa frecuente en Gran Canaria—que nos encontramos ante un paisaje llano y casi tendido; siendo así que, tras lomo y lomito, ábrese un profundo corte para atravesar el cual se precisan una o dos horas de caminata.

A derecha, aun distante, los barrios de Las Tafiras, con el cono de la Atalaya surgiendo sobre una caldera honda—la de Bandama—hermana mayor de todas las negras calderas que agujerean de cuando en cuando esta tierra de Gran Canaria.

Y por sobre todo el conjunto visual de esta parte, una armonía de líneas graciosamente enlazadas, con un tono de color entre azul y claro, de misterio y lejanía, velados los valles y los montes por un matiz de tules opacos.

Pero a izquierda los tonos son límpidos y destacados: blanco de nubes, negro de riscos, verde de pinares, rojo de tierras con color de sangre. Las líneas son rectas o quebradas, ariscas, con sublimidad de aspecto; pero casi siempre con una limpidez de cielo que ilumina claramente este cuadro de luz y de colores. Yo lo llamaría, a este paisaje, de tendencia a "sublimarse", alto ideal; al otro, de tendencia a "amoldarse", de medias tintas, familiar...

Entre todo este cuadro en contraste, humilde y bucólico, está Juncalillo, "oculto" y casi invisible.

Desde aquí lo vemos como un ensoñado lugar de paz; pero recio de vida, vislumbrando horizontes elevados.

Y contrastamos la humildad del pueblecito con la altivez del Teide, al cual Tomás Morales podría cantar desde uno de estos ribazos: (1)

«¡Pico de Tenerife! Titán medievo de azul loriga,
que en Occidente eriges la dictadura de tu reinado,
y anuncias a los nautas aventureros la playa amiga:

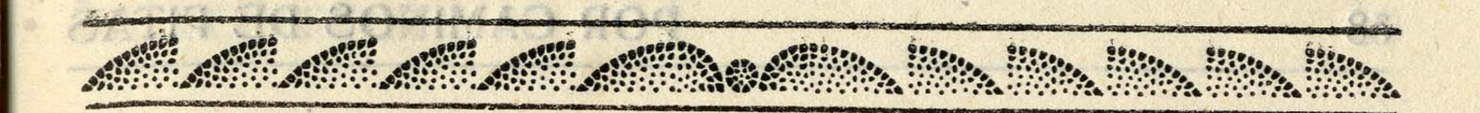
(1) Rosas de Hércules, Tomo I. pág. 84.

¡Atalaya eminente del Archipiélago Afortunado!
De un sumergido imperio tú la más alta cumbre
[cimera,
hacia el Olimpo sacro dabas la comba de tu he-
[roismo
cual un menhir miliario que dominando la cordillera
plantaran los gigantes en la inminencia del cata-
[clismo.
. . . .
Las brumas acarician tu inaccesible frente nivosa..»

Pero si la excelsitud de Tomás Morales cantaba al alto y azulado monte, la sencillez nuestra canta al oculto y verde pago, en la poquedad humilde de un soneto, cuya glosa pretendemos hacer en este librito.



Por caminos de pitas



DESPUÉS de haber contemplado desde las alturas primeras el espectáculo descrito, el descender por aquellas lomas que conducen a Juncalillo es cosa agradable. Porque nuestros nervios se han puesto en tensión ante el cuadro tan sugestivo que se presencia desde allá arriba—cuadro que toca los lindes de lo sublime—; y descansamos al introducirnos en sendas más asequibles, en paisajes más familiares, aunque no menos gratos.

Y vamos a acercarnos al "paguecillo" que descubrimos a vista de pájaro poco antes. Para ello podemos descender del coche junto a los famosos "Pinos", y tomar un sendero apiconado y pendiente; o hacerlo en el enlace de la carretera de Artenara con el ramal "caminesco" que lleva al bíblico pago. Y ello si bajamos a pie. Pero hoy se puede llegar hasta el mismo barrio en un coche atrevido que transita aquellas sendas, o en una camioneta sesuda que se sale casi de los bordes del camino. Pero S. Domingo

está allá abajo, y protege su caminata de saltimbanqui por las veredas de arrieros, un poco ensanchadas.

Sin embargo es más grato ir a pie. Así tomamos aire puro y fresco de atardeceres, con vistosos horizontes; penetrando como quien saborea la llegada a un lugar soñado.

Desde las cumbres bajan camino y carretera rápidamente. El camino casi recto y resbaladizo; la carretera—carretera en miniatura—con sendas vueltas, peligrosas y estrechas, hasta llegar a la mitad de la "Montaña de Valerón". Allí es la primera "estación". Siempre suele haber un par y medio de muchachos, un pastor, y algún labriego casual, que esperan, contemplan y ven el "ferrocarril" de las cumbres; pues, aunque es un coche, por el cargamento que lleva podríamos tildarlo de "ferrocarril"... El chófer tiene una paciencia infinita,—¡majorero que es!—, y va con tanteos sucesivos amontonando y atando bultos interminables, hasta convertir el coche en un monstruo de formas desconocidas. Y en cuanto a pasaje, la capacidad es del todo elástica, como la de un "exprés" de Cádiz, gracias a los "encójase Vd. un poquito" de Juanito, el impertérrito conductor.

Nos hallamos en un sitio interesante. La Cruz que remata la cúspide de "Montaña Valerón"—recuerdo de unas misiones—bifurca dos caminos: uno va hacia "Barrancondo", pasando por do llaman

"La Gloria", y pudiéndose seguir por él hasta la ermita; y el otro, a derecha, sigue hacia el núcleo principal de Juncalillo. Y aún éste se divide, siguiendo el de a pie cuesta abajo, y la carretera en zig-zag por las lomas y cañadas. Dejemos a ésta su andar cómodo y sosegado, y sigamos la vereda descendente, hasta llegar al inicio de un barranquillo.

Estamos en las alturas donde nacen los barrancos. Barrancos que vemos en las costas amplios y grandes; más adentro profundos y enormes, y aquí sencillos e incipientes, y que no hacen pensar en sus portentosas honduras. Este de ahora es más tarde, casi aquí mismo, el barranco de "La Madrelagua"; luego, de Juncalillo, y desemboca en el "Barrancohondo", con humos de algo. Este sigue hacia "Los Pérez", formando la famosa represa, y continúa hacia Agaete, por el ancho valle, o "El Valle", hasta desembocar nuevamente en el Océano, junto a la Virgen flamenca de "Las Nieves", rozando casi las benditas paredes de su capilla.

* * *

Y estamos ya en los principios de Juncalillo. Nos lo advierte un camino de pitas que hallamos a derecha. Estos son amables y seguros. Tomado uno, no se nos pierde la pista. Ahora cruzamos entre un pequeño arbolado, pisando el sendero de picón: es que

hasta aquí llegan los efectos de aquel hoyo volcánico que contemplamos en la cumbre.

Y pronto se entra de nuevo en la antes dejada "carretera" en miniatura. Ahora estamos en pleno atrio juncalillense.

La primera característica suya es el camino real encuadrado entre pitas. Venimos por uno, aunque estrecho, que va a desembocar en otro más ancho. Este ya es "aprendiz de carretera". Por él cruza la que dejamos antes, siendo por aquí llano y tendido. Resulta simpático este camino orlado de pitas: la sufrida planta es amiga y orientadora.

El que se nos ofrece es pintoresco, y nos brinda a la vez un paseo llano y apacible, amén de vistoso, entre estas lomas.

En las que nos hallamos son aledaños inmediatos del "remanso" de paz que te ofrezco. Vamos a contemplarlo desde aquí, por un instante, agrandada la visión que a vista de pájaro percibimos desde la cumbre.

A la izquierda va el camino real, convertido en carretera modesta, hacia la ermita, dando unas curvas graciosas, y cruzando por los "morretes" a vista de "Barrancondo". Frente a nosotros está "Montaña Redonda", cónica y hermosa, cultivada desde lo hondo hasta la punta, como todas estas tierras. Detrás tenemos la de Valerón, que antes contempla-



Las pitas presentando armas a uno de los generales mayores de la agricultura juncalillense, el conocido labrador y gran cazador Juan Antonio Rodríguez, que, seguido de su sombra, su perro y su pipa, viene "lomo 'el turmal abajo..."



«Descuellan dos pinos estrechos, altos...
Al fondo, fondo, Tamadaba...

(Pág. 41)

mos desde lo alto. A derecha sigue la misma carretera, siempre entre hiladas de pitas, y con curvas alegres, para llegar al auténtico pago.

Frente a nosotros sale, o continúa, el barranquillo, encajonado en un cauce de poco más de un metro, único espacio vital que le deja la laboriosidad isleña. Allá, algo a la izquierda, la ermita se recorta —recorta verdaderamente—en el declive de una loma, con su airosa línea rematada en arista roja. Nos parece una casita hecha de figuras recortables, y pegada allí como juguete de niños. A derecha vislumbramos unas manchas verdes con brochazos blancos: son tunerales y cuevas, y el albor de alguna casita o frontis albeado. Descuellan dos pinos estrechos, altos, gemelos. Tienen su historia; y están ante la vivienda del conocidísimo labrador Juan Antonio, vecino del llamado "Retamar", primer barrio—ya aquí podemos distinguir barrios en el pago—; o mejor, segundo barrio, pues el primero es La Madrelagua, constituído por una casita pintoresca. En ella vive Bonifacio, otro "labrador" auténtico.

Al fondo, fondo, Tamadaba, una triangular cúspide erguida, que vemos llena de puntitos verdes: son los pinos que lo pueblan. Y sobre él, unas coloraciones fantásticas de nubes y rayos luminosos de sol, que te harán soñar con países extraños y pintadas acuarelas.

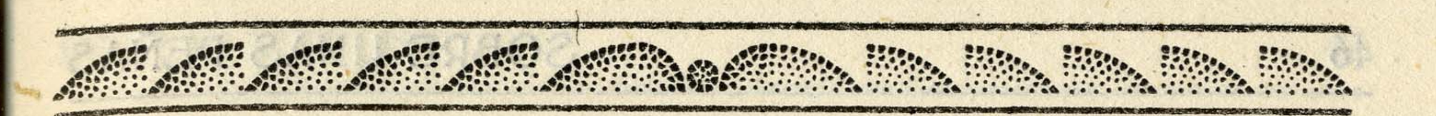
Y seguimos hacia la derecha, en graciosa curva,

llegando pronto a un "cruce" de cuatro caminos. Allí bajan del coche los que van hacia Juncalillo y Barrancondo de Abajo; siguiendo el "tren" hacia "la Plaza", como llaman al sitio de la iglesia.

Nosotros seguimos a pie, casi en lo más alto de un lomo alargado, cuya corcoba nos impide ver el caserío, y pasamos junto a un cuartucho de mampostería, que fué molino de viento, y cuyas aspas voltearon en una ocasión al famosísimo "Matiítas".



Sobre unas peñas



Hemos bajado hasta aquí por el "lomo del Turmal", próximos a su cúspide; la cual, sin embargo, impide ver la cuenca do está el pago de Juncalillo.

De pronto se abre ante nosotros un claro, y por él contemplamos de nuevo, allá enfrente, la graciosa ermita del barrio, con las tres o cuatro casas que le hacen compaña.

Es una estampa bonita. Nos atrae... Subamos un corto repecho. Allí podremos sentarnos. No faltará algún peñón que nos ofrezca primitivo y campestre asiento...

¡Está tan hermosa la tarde! ¡Hay una paz y una quietud tan agradable!

¡Ya estamos en el patriarcal y bucólico pago de Juncalillo!

Es un mundo nuevo. ¡Qué distinto al prosaico mundo ciudadano!

Allí, la ermita, en una loma, graciosa, atrayente... Allá, el pinar: adusto, fiero, alto...

Entre nosotros y los pinos, un barranco hondísi-

mo y anchísimo, como un mundo hundido. Lo llaman Barranco-Hondo de abajo. Nos parece ir en un aeroplano, ante aquellas profundidades impresionantes...

Vense cuevas abiertas en riscos y vertientes. Ante ella, tunerales extensos. El albor de las fachadas es un grito de alegría ante el obscuro hundirse de aquel barranco tan ancho en sus alturas, como estrecho en su profundísimo cauce...

Estamos en una especie de mirador, sobre unos peñones adustos.

Por acá de la ermita hay unas casas que tienen forma de cruz.

Son las más antiguas de estas medianías, en la categoría de casas. Llámanlas las "Casas de Hoya Moreno"; pues así se nombra aquel punto.

Hay una copla que parece referirse a esta centenaria edificación:

«Estas son las casas blancas
donde mi abuelo vivía,
y ahora que murió mi abuelo
las casas blancas son mías...»

En un romance recogido en estos campos aparecen casi idénticos los dos primeros versos de esta copla, que, por lo visto, es un eco romancesco aplicado a estas viviendas.

Bajo ellas, hay una cueva. Y como las casas

tienen dos pisos, resultan con tres; aunque tienen una humildísima apariencia.

Un barranquillo divide la parte de la ermita y aquélla en que nos encontramos. En ésta nuestra se hallan la mayor parte de las viviendas de la parroquia. No las vemos porque son cuevas Pero sí distinguimos unas cuantas casas alineadas, con su penino de calle, y en forma pintoresca.

Casi bajo nuestros pies vislumbramos un patio florecido, con un emparrado. Es el exterior de la casa-escuela que abrió el "maestro Artiles", remozada.

Vemos algún labriego transitar los caminos. Oyense esquilas. Una flauta lanza melodías pastoriles Alguna voz se siente, con eco de lejanía y de misterio.

Aquí, bajo nosotros, está también la que fué vivienda del Sr. Valerio...

¡Hay un silencio tan profundo!

¡Están los campos tan hermosos, y es el paisaje tan impresionante!

Amigo lector: yo te invito a sentarte junto a mí en una de esas peñas, y a estarnos sentados un buen rato, lejos del "mundanal ruido..." Y escúchame.

. . . .

Todos los años, desde hace algunos, paso aquí unos días.

Y he querido expresar mis impresiones, emborronando unos cuadernos.

En ellos he glosado un soneto que dediqué a estas tierras.

El soneto fué publicado en «Espigas»; y las páginas en que he glosado sus conceptos han sido escritas en estos mismos campos, en lo alto de sus montañas, en alguna piedra de los caminos, y sobre estas mismas peñas en que estamos sentados.

Son flor campestre nacida en el libre y sereno ambiente de este paguecillo, y en la grata soledad de sus rincones.

Contando con tu beneplácito, voy a leértelas, en este atardecer tranquilo y sosegado.

Si yo fuera buen escritor, serían agradables y atractivas, porque—como dice Díaz-Plaja—: «Sólo el estado de soledad es el estado de gracia poética...»

Pero siendo mías, recíbelas como algo sencillo y rústico y fuera de toda pretensión erudita. Han sido redactadas para estas gentes, y al alcance de sus inteligencias... Y como para leídas en este ambiente de calma y de paz.

Oye, pues, si te place, el soneto aludido, y la consiguiente glosa humilde que le hizo mi pluma...

A JUNCALILLO...

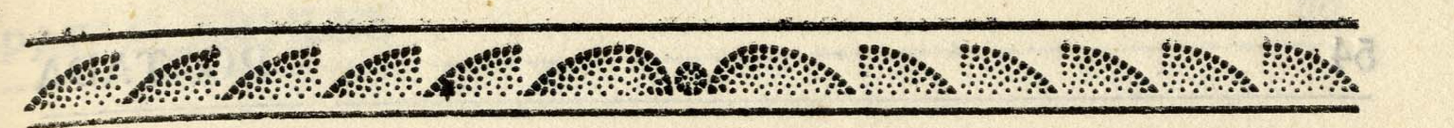
¡Oculto en altas cumbres JUNCALILLO
místico, do en serena paz habita,
gozoso, a la sombra de una ermita,
infatigable labrador sencillo!

¡Fuente pura en ameno barranquillo,
frutas, tierra feraz, sana cuevita,
bellos senderos de tuneras y pita,
grato olor de pinares y a tomillo..!

Y en gradación pendiente los cercados
van las yuntas arando perezosas;
se oyen ecos dulces, apagados,

de hombres, de animales y de cosas;
y, entre un run run de esquilas y ganados,
las notas de la flauta, jubilosas..

Portada



En el soneto anterior he querido sintetizar el ambiente y paisaje, resumido, de esros campos de Dios; un poco a lo S. Juan de la Cruz, cuando en su Cántico Espiritual versifica hermosamente, para luego ir, no meno gustoso y ameno, explayando sus ideas en prosa agradable y castellana. Aunque patente es que no lo imitaré yo en eso de versificar hermosamente, ni en la amenidad y la "prosa agradable y castellana".

Así voy a hacer, en estas cuartillas que he intentado escribir, con perdón de los académicos y museístas, para hablar de un pago, donde, por no haber teléfono, ni carretera, ni médico, ni cine, ni casino, ni sociedad... ni etc. etc., no habrá tampoco museos antropológicos, ni conferencistas que califiquen de "fantasía" precisamente a cuanto no sea sus fantásticas elucubraciones. Cuanto más, que a lo sumo lo leerá el sacristán o algún muchacho de escuela en alta

voz, a la luz de la lumbre, reunidos en corro los familiares, y algún vecino.

¡Qué felicidad!

¡Un pueblo, mejor, un pago, sin cines y sin teléfono!

El que ha poco ansiaba un insigne general americano, que ha terminado gloriosamente la guerra mundial...

* * *

Y, ya en el dintel, vamos a dártelo a conocer no con inyecciones de historia, ni antigüedades prehistóricas, cosas muy dignas y laudables; pero que han llegado a sobreponerse y sobreapreciarse a la obra literaria puramente tales, que son en definitiva las que perseveran y vencen los tiempos y los cataclismos.

No; no es con esas cosas con las que vas a encontrarte, lector que al acaso has topado con este librito minúsculo e insignificante, aunque algún grano de historia en él hallarás; sino con el oxígeno del aire, el aroma del campo, el habla de las gentes, el run run de esquilas y ganados, el murmullo del manantial, que te hablan con "la voz de las cosas"; aquélla que nos aconsejaba oír un poeta italiano cuando escribía:

«Quando stanco degli uomini tu sia,
scendi al mar solitario e bagna il petto

nelle porpore sacre dell'aurora;
odi la voce delle cose, e oblía.
Poi, acceso di novello affetto,
soffri, combatti a benedici ancora.»

Lo que, traducido a mi modo y asunto, diría: «Cuando estés cansado de los hombres, sube a los pagos isleños de las alturas solitarias, y baña tu corazón en los sagrados y bellos rosicleres de la aurora y en los áureos y purpúreos paisajes del ocaso. Oye la voz tan íntima de los seres, que te hablan sin lenguaje; y olvida... Olvida tus penas y tus ansias; las miserias de la urbe afanosa y febriciente, al roce de los malignos, injustos y criticones...

Después, encendido de nuevo afecto, lleno de aroma y luz campestre, mañanero y de cumbres, vuelve a tus ocupaciones, a tus trabajos, sufre todo eso que es humano, pero molesto; comprende y disculpa; combate la lucha de la vida, y bendice, siguiendo el consejo de S. Pablo: (1)

«Hermanos, no nos cansemos de hacer el bien; a su tiempo recogeremos la cosecha, si no desfallecemos. Hermano, mientras tengamos tiempo hagamos bien a todos».

Sí; estos campos benditos de medianías cumbreras son oasis pacíficos del mundo, remansos donde

(1) Epíst. ad Gálatas, Cap. 6, v. 9-10

la vida, por ir despacio y sosegada, parece más intensa y más durable, aunque más dura; siendo aquélla recompensa providencial de esto.

Y, para no endilgar en este desmalazado prólogo todo cuanto después pienso decir, no te diré sino que Fray Luis de León juzgaba razonablemente cuando escribía:

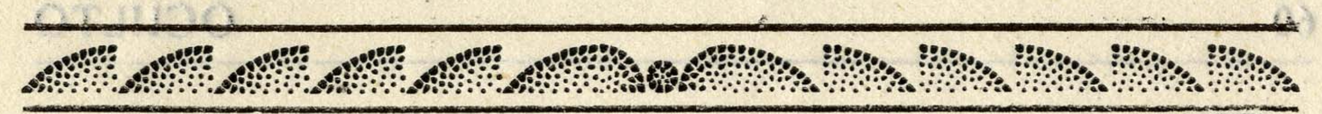
¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido..!

. . . .

¡Oh campo, oh monte, oh río!
¡Oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso!

. . . .

Oculto



SE encuentra el pago de Juncalillo rodeado de perspectivas grandiosas, apenas nos asomamos a cualquier altura de las que lo rodean; pero no lo vemos sino vamos a él. Por eso digo que está "oculto". Y ésta es, sin duda, una de sus cualidades interesantes. Porque si no fuera así, ya no estaría lejos del bullicio y del ruido de los centros muy transitados; y cuando se lo descubra, y la carretera lo abra, y el teléfono lo acerque, el cine lo "ilustre" y "pervierta", ya no será sino sombra suya.

Oculto está además este «paguecillo» porque sus casas no son «casas» sino cuevas; y así no se ven y aprecian desde lejos: tomando la palabra «apreciar» en sentido de advertir, pues en el de estimar bien son apreciadas por sus moradores estas viviendas.

Pero es «oculto» también por estar perdido casi en «altas cumbres», pues no se le ve desde las carre-

teras generales, a no ser un momento en aquélla que va hacia Artenara; pero aun así, es en el instante en que ante la vista del viajero aparece el cuadro más sorprendente que tiene la isla en sus alturas norteñas.

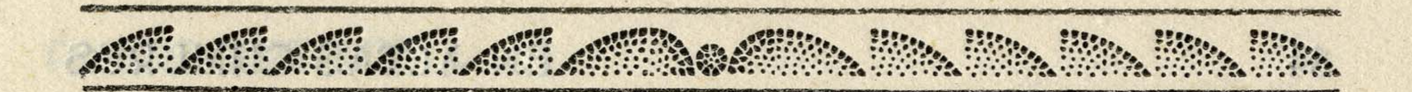
Y entonces, la mirada se recrea gozosa ante un paisaje bellísimo, del cual el pago de Juncalillo no es sino un brochazo blanco que da luz y tono al cuadro, pero que queda confundido en la armonía general de aquél. Juncalillo desaparece enseguida, mientras el auto prosigue hacia Artenara, "la invisible", como la llamó Fray Lesco.

La carretera ancha se olvida del pago que nos ocupa: es muy humilde y sencillo. Para llegar a él habrá que seguir unos senderos de pitas, hermosos y pintorescos, pero impropios para coches ciudadanos; tan sólo alguno se atreve, tímidamente, a bajar un poco de su presumida altura por temerosas pendientes, para llegar a do está este pago; que no los echa de menos, pues—como dice María Rosa Alonso—:

«Carretera y gasolina han declarado la guerra a la soledad... Automóviles, "guaguas" y bocinas... alteran la paz y soledad de un reducto bucólico, fondo de un boceto pastoril de Arcadia, y peturban el eterno coloquio... del viento y las montañas.»

(1) "Punta del Hidalgo", pág. 30

En altas cumbres



Se aprecia la altura. Juncalillo la tiene considerable. Se dice que Artenara es el pueblo más elevado de Gran Canaria. Juncalillo está en sus aledaños, algo más bajo. Si aquél está a los 1265 metros, éste quedará hacia los mil; es decir, un tanto más de Madrid, para llegar a cuya altura habríamos que caminar desde Cádiz alrededor de 500 kilómetros. ¡Y para alcanzar la de Artenara nos basta con 45!

Son "cumbres altas" las que nos ocupan. Como cumbres, soleadas, solemnes, atlánticas. Como altas, saludables, puras, luminosas...

Por alto, y oculto, Juncalillo es un remanso de paz, un sencillo rincón campestre.

Porque así como un "remanso" es un estancamiento de aguas, que cobran serenidad, y con ella transparencia y hondura, al descansar en algún punto de su recorrido; así las personas que vienen del trajín y bulla de las poblaciones crecidas hallan en estos apartados u ocultos parajes un lugar donde realmente se remansa la vida, recobrando serenidad, y con

ella transparencia de ideas y hondura de pensamiento.

Puede decirse de esta vida del campo lo que Fray Luis de León de la de los pastores:

«... *la vida pastoril es vida sossegada y apartada de los ruydos de las ciudades y de los vicios y deleytes dellas. Es innocente assi por esto como por parte del tracto y grangeria en que se emplea. Tiene sus deleytes, y tanto mayores cuanto nascen de cosas más senzillas y más puras y más naturales: de la vista del cielo libre, de la pureza del aire, de la figura del campo, del verdor de las yerbas, y de la belleza de las rosas y de las flores.*» (1)

Además, no es pueblo, ni lo presume: es un término de Gáldar, aunque muy distante. Por eso lo podemos llamar "paguecillo", humilde y campestre.

Y ésta es una hermosa realidad: paguecillo oculto en altas cumbres. Si estuviera abierto a la mirada de todos, ya no sería atrayente y tranquilo. La civilización trae modernidad y comodidad; pero desaparece a su paso la poesía de los pueblos, como se pierde la inocencia ante el paso del mal. Y aun creo que no es felicidad precisamente el progreso. Son más felices estos hombres, rudos y sanos, de alegría

---

(1) Los nombres de Cristo: "Pastor"; pag. 128 de la edición "Clásicos castellanos".

honda, que los de las ciudades modernas, más cultos, no todos, pero más degradados; más bien vestidos, pero menos saludables...

¡Cuántos infelices arrastra la vida moderna por calles y rincones de las ciudades!

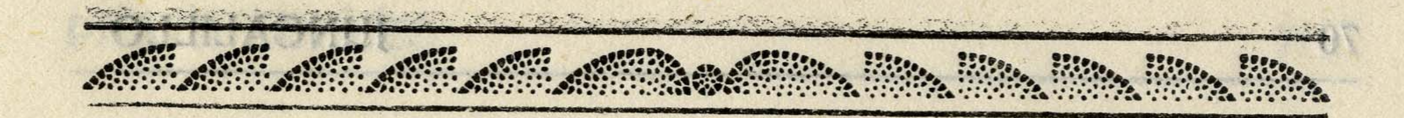
La miseria en los campos es "pobreza"; pero en las poblaciones es precisamente "miseria", de cuerpo y alma casi siempre.

Revaloricemos la vida del campo, que es paz, y es salud; y lo sería para tanta familia hambrienta, miserable, que se agrupa en las casuchas de los barrios pobres de todas las grandes poblaciones del mundo, faltas de luz y de oxígeno; cosas que son bendición divina en estas "altas cumbres" de Gran Canaria, «todavía no emponzoñadas por las mordeduras de las carreteras»—en expresión de Agustín Foxá. (1)



(1) Artic. "Juegos y juguetes". A. B. C., 14-Enero-1951

Juncalillo



En «Espigas» al poner el soneto que gloso, dije "paguecillo" donde ahora escribo "Juncalillo".

La razón es el deseo de incluir el nombre de este pago en unos versos que a él se refieren; y, además, el de escribir algo, concretamente, sobre el posible origen del mismo.

Sobre tal asunto había anotado en unos primeros ensayos:

«Yo me figuro que este apacible y diminuto barranco antes aludido, donde está la principal fuente del barrio, debió de dar nombre a todo él y sus contornos. No es más que una simple conjetura, pues nada he encontrado escrito u oído sobre ello. Pero puédese suponer que los juncos, que aún brotan en el cauce del poético barranquillo, fueron causa de que se llamara al lugar el "juncal", o sitio de juncos. Luego, como era pequeño, y tal vez en sentido de ser poca cosa, se le diría el "juncalillo".

Hasta que tomaría carta de naturaleza, llamán-

dose Juncalillo, con mayúscula y todo, como corresponde a un pago que ha sabido, por su situación y cultura—cultura relativa—ser una pequeña metrópoli de estas medianías...

Y si éste no es el origen del nombre, tú, lector inteligente y benévolo, puedes ofrecer otro que lo mejore, pues todavía los entendidos en "etimologías" no han dado su juicio, ni primario ni definitivo, sobre tan interesante cuestión.

Y, mientras, no perdemos nada con lanzar este sencillo parecer, en espera del crítico historiador que en los archivos de Simancas, o del "Museo Canario", averigüe que fué otro, y no éste, el origen del nombre de Juncalillo.»

Hásta aquí lo escrito en Octubre del 46.

Pero mi conjetura tiene ahora un poco más de fuerza, si os digo que en el Archivo Histórico Nacional encontré, entre los documentos del extinguido convento de S. Antonio de Gáldar, algunas citas testamentarias que hacían referencia a este pintoresco pago; y que en ellas se le llama el Juncal. Y como el más antiguo es del 1609, resulta que hace 342 años Juncalillo no se llamaba Juncalillo, sino "Juncal".

He aquí unos párrafos de un testamento antiguo:

«EN EL Ne. DE DIOS NRO. SR. Y DE LA VIRGEN Sta. MARIA SU BENDITA Me. A QUIEN TENGO POR MI ABOGADA E INTERCESSORA

EN TODAS MIS COSAS AMEN. SEPAN Qtos. ESTA CARTA DE TESTAMto. E ULTIMA VOLUNTAD VIEREN COMO YO LUIZA RODRIGz. VIUDA DE PEDRO RODRIGz. DIFUNTO VEZa. Q. SOY DE LA VILLA DE GALDAR.... DESEANDO PONER MI ANIMA EN AQUELLA VIA E FORMA Q. MAS Pa. MI SALVACION CONVENGA, MANDO SE ME DIGAN LAS MISSAS DE LA PENITENCIA Y TODO SE PAGUE DE MIS BIENES // LOS BIENES QUE TENGO // TENGO POR MIS BIENES UN PEDAZO DE TIERRA DE PAN SEMBRAR DE SEQUERO EN EL JUNCAL TERMo. DESTA VILLA Q. LINDA CON TIERRAS DE BARRANCO SECO Q. POSEE FRAco. MELIAN Y UN BARRANQUILLO Q. VIENE A EL LLANO DEL TURMAL...» (1)

Por estas referencias adjuntas se hace patente que da este nombre de Juncal al hoy llamado Juncalillo, pues tanto el "barranco seco" como el "llano del turmal" son lugares muy conocidos de este pago.

También en 1616, Miguel Moreno dice poseer: «... un assiento de cuevas y una cassa q. emos labrado durante el matrimonio en barranco seco. Item las tierras del Juncal en q. dejo la capellanía y seran veinte y cuatro fanegadas...» (2)

---

(1) Archivo Hist. Nacional. Libro 2354 (Convento de S. Antonio de Gáldar)
(2) Cita anterior.

Se deduce de aquí claramente que el nombre antiguo de este lugar era el Juncal; y probablemente por ser un sitio donde había juncos.

Este tuvo, pues, su denominación así: De junco, juncal; de juncal, juncalillo, según mi razonable conjetura.

Debió ser por entonces toda esta extensa cumbre algo casi desierto.

Y las tierras, poco cultivadas, propicias a la vida patriarcal y pastoril.

Cada afortunado dueño poseía decenas de fanegadas de terreno. Así, el antes citado Miguel Moreno tenía:

«... las tierras del Juncal, que serán veinte y cuatro fanegadas. Item en el Chorrillo, treinta fanegadas. Item en el barranco del pinal cien fanegadas, poco más o menos...», según reza su testamento.

Total, ciento cincuenta y cuatro fanegadas; aunque, por lo visto, no hacían mucho caso de "fanegada más o menos..."

Además, poseía «un jato de ovejas como quinientas, con los corderos y borregos y hembras...» (1)

Y «cinco vacas de vientre y tres bezerros de antaño: la una de ellas es de nra. sra. de la Candelaria de Moya, y mando se le críe y de...»

(1) Archivo Histórico Nacional. Libro 2354; folio 55.

¿Dónde encerraba Miguel Moreno sus ovejas?

No es aventurado decir que en donde nosotros estamos leyendo esta glosa tuvieron en un tiempo su majada las 500 y pico del aquel viejo hacendado, que, amén de tierra, vacas y ovejas, poseía esclavos, según aparece en su testamento.

Sin pensarlo pues, unas alusiones de antiguos escritos, hallados en el Archivo Histórico Nacional, —¡mucho honor para el Juncalillo!—, han venido a hacernos creer que el nombre de este bíblico pago procede del modesto "junco", que aun hoy crece en algunos sitios de su barranco.

También parece decírnoslo así una copla que puse en "Espigas", y que recuerda al por antonomasia maestro de estas alturas:

«Al maestro del Juncal,
Francisco Artiles Lozano,
al gran amigo leal,
que aprecio como a un hermano».

La copla, que tendrá a lo sumo 70 años, recoge una referencia que sin duda entronca con la tradición. Entonces aun era cognoscible el Juncalillo por el Juncal, al menos en las coplas, que son también fuente de recuerdos y de tradiciones.

Esta tradición debe conservase también en Artenara, como lo da a entender una copla que oí a una

joven de Las Cuevas, Benita Díaz, y que comienza:

«Artenara está en un llano
y el Juncal en las alturas...»

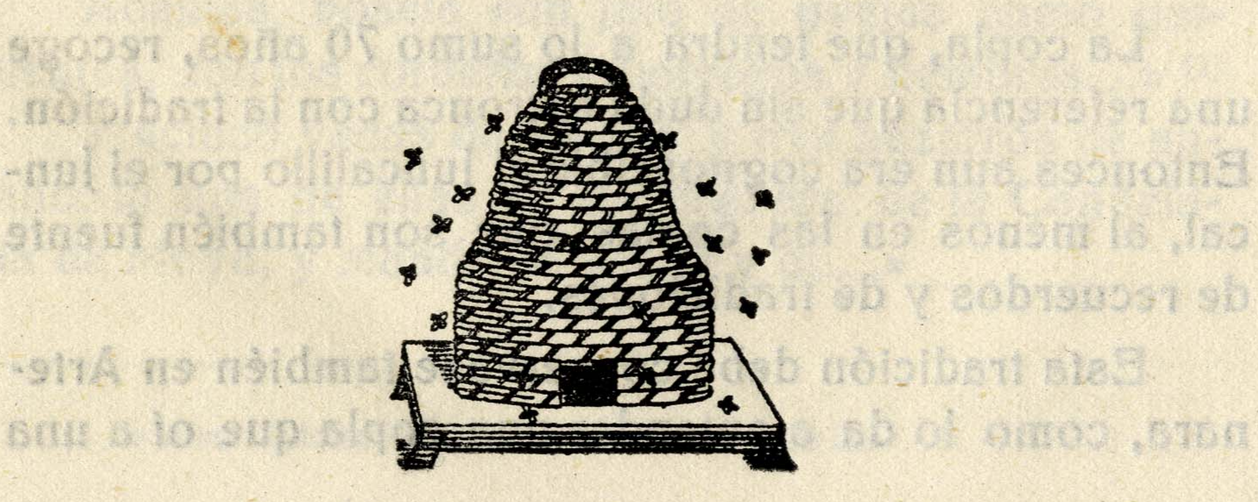
La copla es moderna; pero también pudiera ser el comienzo de alguna copla antigua, dedicada ahora a un motivo de actualidad. De todos modos, confirma la presunción del viejo nombre del pago, de donde se ha derivado el actual: Juncalillo.

* * *

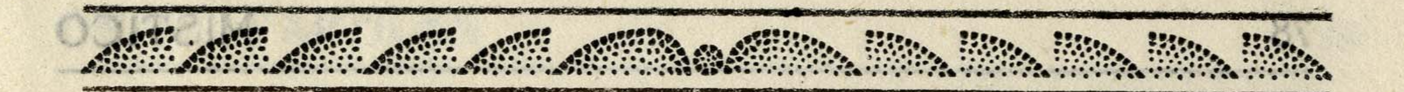
En la parte administrativa, este barrio depende de Gáldar, aunque dista de esta ciudad unas cuantas horas de caminata.

Mi abuelo—cuenta mi madre—acudía todos los Sábados en su bestia a la citada ciudad para asistir a las juntas de su Concejo Municipal.

En lo religioso pertenecía a la parroquia de Artenara, de la cual fué disgregada el año 1927; aunque desde el año 1906 tuvo su ermita y su capellán.



Místico



PODRIA parecer poético este calificativo de "MISTICO" atribuído a Juncalillo. Sin embargo, es real y tiene su fundamento. Ya por su altura, sus paisajes, su luz, este paguecillo es por naturaleza místico; incienso de nubes, cirios de estrellas, flores de pinos verdes ofrece la tierra alta al Creador con su soledad y quietud.

Pero el misticimo de Juncalillo no es fantasía más o menos literaria. Es un pueblo de arraigada y honda piedad cristiana. He aquí la razón de llamarle "místico".

No quiero hacer comparaciones; pero estos habitantes son cristianos de corazón, hombres de fe y de piedad práctica. Basta ver la afluencia a los actos litúrgicos de la iglesia. No sólo la Santa Misa, a la cual es raro el que no asista pudiéndolo, y desde largas distancias; sino también a los otros actos religiosos de la parroquia. Y como la faena del campo es dura y larga, estos vecinos acuden a la ermita, cuando

hay algo, allá como a las diez de la noche, y salen a veces a las doce o a la una.

Y conste que los caminos no son llanos. Altos y bajos, piedras y riscos atraviesan, alumbrados de sus faroles—estrellas ambulantes—, para ir a gozar de una novena, un sermón, una enramada a la Virgen.

Por las noches, todas las cuevas-viviendas oyen desgranar el Ave-María del rosario; y las imágenes de los santos se ven por doquiera uno penetre en ellas. Diecisiete cuadritos religiosos conté ha pocos días al entrar en una de tantas. Pues así son todas.

Pero no se crea que es externa o aparente esta piedad. Ella da sus frutos de vocaciones sacerdotales y religiosas.

Hay familia con tres sacerdotes hermanos, y otras con tres hermanas religiosas. Sacerdotes son diez o doce. Religiosas otras tantas, refiriéndome sólo a la parroquia que comprende: es decir, sacerdotes y religiosas hijos de la jurisdicción.

Aquí se usa el ¡buenas noches nos dé Dios!, el ¡hasta mañana si Dios quiere!, con otras frases propias del sentido cristiano de un pueblo.

Puede decirse que la vida religiosa es el único móvil espiritual de los juncalillenses, el pasatiempo divino de sus almas, fuertes y trabajadoras, pero humildes y sumisas a la voz de la fe...

Como ejemplo de esta piedad honda y robusta, podemos señalar el caso de una señora que vivió a principios de este siglo.

Esta buena mujer iba todos los días a pie a Artenara, distante más de una hora, para oír la santa misa y comulgar.

Aun lo cuentan con encomio los vecinos. Y añaden que muchas veces lo hacía sin calzado alguno, para mortificación y penitencia.

La cueva do vivía esta pidados mujer conserva su nombre: la de «Cha Sebastiana Falcón...». Está un poco a la izquierda de donde nos encontramos sentados.

Y cuéntase que ella decía a quienes la interpelaban sobre esta costumbre, que cuando alguna vez no pudo cumplir tal devoción, ese día no «arrejundía su trabajó»... El suyo era tejer ajeno—me dice mi madre.

Otra piadosa mujer fué «Cha Pino Juliana», la cual dejó a las animas benditas un buen trozo de tierra, para sufragios a las mismas.

* * *

Y como ahora se ha organizado la Comunidad de regantes de Barrancondo por acciones, y este terreno tiene participación en ella, resulta que las ánimas benditas son accionistas y "comuneras", como

aquí dicen... Podría citar igualmente otros casos.

Significativo es también el número de sacerdotes salidos de este pago en lo que va de siglo, o hijos de padres aquí nacidos. Para recuerdo y orgullo de los que tienen por patrono a Santo Domingo, voy a poner aquí los nombres de los sacerdotes juncalillenses; a saber:

D. José Rodríguez Vega
Párroco de Tejeda, y Arcipreste del Centro

D. Matías Artiles Rodríguez
Párroco de Ntra. Sra. de la Luz, y Profesor del Seminario.

D. Francisco Dávila González
Párroco de S. José de la Montaña.

D. Rafael Rodríguez Quintana
Beneficiado de la S. I. Catedral.

D Juan Pérez Rodríguez
De la Compañía de Jesús, destinado en Tenerife.

D. Juan Alonso Vega
Magistral de Canarias.

D. José Rodríguez Rodríguez
Párroco de Santa Isabel (Escaleritas)

D. Francisco Rodríguez Rodriguez
Párroco de Nra. Sra. del Pilar (Guanarteme)

D. Teodoro Rodríguez Rodríguez
Párroco de Tenteniguada.

D. Faustino Alonso Rodríguez
Párroco del Corazón de Jesús. (Arbejales)

D. Pablo Artiles Rodríguez
Profesor del Instituto de Enseñanza Media.

D. Florencio Rodríguez Artiles
Párroco de la Encarnación (Tenoya)
D. Nicolás Rodríguez Pérez
Ex-Párroco de Yaiza y Teguise.

En total, 13. Y con la particularidad de que todos, menos el tercero, son descendientes directos o emparentados con el padre del Sr. Valerio citado al principio en el Prólogo-Dedicatoria, y al que llamaban familiarmente «PA' RODRIGUEZ»

Sin duda alguna, en proporción al número de habitantes, ninguna otra parroquia en Canarias supera en este aspecto a Juncalillo.

En cuanto a vocaciones femeninas, me parece que las Religiosas juncalillenses que hay en diferentes Congregaciones superan hoy en número al de sacerdotes. Con razón, pues, se dice en la parte del soneto hasta aquí glosado:

«¡Oculto en altas cumbres JUNCALILLO místico!..»

* * *

Termina aquí este primer libro de «*CUMBRES ARRIBA*», iniciada tan sólo la glosa del soneto a Juncalillo.

Quede para otro el proseguir en la misma, por no quebrar las líneas a que se sujetan estos cuadernos de

Colección Literaria

INDICE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

De Gran Canaria a Roma . . . (1935)

Isla Azul . . . . (1936)

Espigas . . . . (1946)

Luz y Leyenda . . . . . . 1948)

Zarcillito Nuevo . . . . . . (1950)

"Cumbres Arriba". . . . . . (1951)



Colección literaria

os presenta:

Cuaderno N.º 1: **Zarcillito Nuevo.**

» » 2: **La Niña que vió al Rey Baltasar (Cuentos). (1)**

» » 3: **Cumbres arriba... (1)**

» » 4: **Consideraciones de crítica...**

» » 5: **Molinillos y Ruletas.**

» » 6: **Coplas canarias (1)**

Precio de este cuaderno: **6 Ptas.**